

NOTAS AL MARGEN DEL ALBUM DE UN ARQUITECTO

La vida nos lleva...

Admiremos á los hombres que, encerrados en la soledad de su estudio, realizan una labor larga y tenaz, con la voluntad firme en ella. La vida varia y profusa, henchida de atractivo, llena siempre de novedad para un espíritu curioso, nos va llevando en su corriente, sin que podamos detenernos en un remanso ni aun á

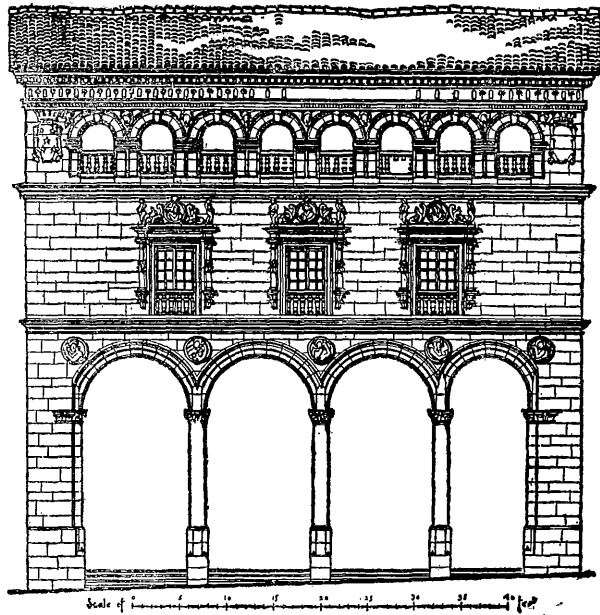
contemplar el camino andado. No más que breves notas escritas precipitadamente llevarán nuestra firma; tan sólo construcciones diseñadas con premura y de las cuales tengamos siempre que arrepentirnos, serán obra nuestra; jamás podremos ya gozar lentamente de un paisaje, de un libro, de una idea ó de una emoción. Y en todas nuestras actividades, en el artículo, en la construcción, irá quedando algo de la pasión de cada día: una nota de entusiasmo, de desesperanza, de renunciación, de alegría...

No haremos nunca más que breves ensayos y no una labor lenta, tenaz y fecunda que sólo es capaz de producir una vida consagrada á la realización de un ideal. No otra cosa que un continuo ensayo de formas realizamos al proyectar nuestras construcciones, y fatalmente, cuando creemos haber encontrado la definitiva, vemos que ésta nos huye y queda un boceto, un tanteo más.

La arquitectura oficial.

Reconocen hoy la mayoría (no muy numerosa) de las gentes que suelen tener la costumbre, amarga siempre en nuestra actual sociedad, de reflexionar sobre la situación del país, la separación cada día más honda entre la vida oficial y esa otra callada y laboriosa, que trata de reconstituir una patria nueva en la que las generaciones futuras puedan vivir una existencia noble, feliz y fecunda, libres del doloroso ambiente que nos rodea.

Afortunadamente pocos edificios debidos á su iniciativa nos deja esa vida oficial. La mayoría de los madrileños no se hicieron para el destino que hoy tienen. Recordemos el Ministerio de Hacienda, de tan armónicas proporciones; el de Es-



Fachada de la casa de Salinas en Salamanca.

ARQUITECTURA

tado, atractivo como pocos, con sus dos hermosos patios; el Museo del Prado, el Ayuntamiento y tantos más.

Si la España oficial de los presentes días hubiera tenido que construirlos, serían seguramente masas enormes, amazacotadas, llenas de columnatas monumentales, con grupos escultóricos de figuras en violentas actitudes, con cursis imitaciones de mármoles y bronces. Todo pretencioso, tosco, de una ostentación pobre y ridícula, queriendo aparentar mucho, con un recargamiento indisciplinado que acumula molduras, relieves y pináculos sin ordenación alguna, sin rastro de gracia y de belleza. En sus fachadas se hubieran amontonado esos chirimbolos pueriles que constituyen los atributos.

Los edificios oficiales de la España futura que llevamos muchos en el espíritu y en la voluntad, serán bien diferentes de esos otros que se hubieran levantado en los tiempos presentes. Sencillos, sobrios (¡palabras en las que tanto debemos insistir!), sin pretensiones de monumentalidad escenográfica, con un tranquilo aspecto en el que no parezca sobrar nada, airosos y bellos, serán esos edificios oficiales de nuestra ciudad futura. El país no es rico y es mucho lo que el español del mañana tiene que construir; por ello el ladrillo será el material más empleado, y quedarán la piedra, el mármol y el bronce aguardando momentos de máxima vitalidad y pujanza.

Interiormente serán sencillos también, claros y alegres. Los hombres que en ellos trabajen y por ellos discurren, deberán estar animados del mismo ideal clásico y moderno, á la par que austero, que inspirará al artista que dibuje sus trazas.

El Madrid que estamos construyendo.

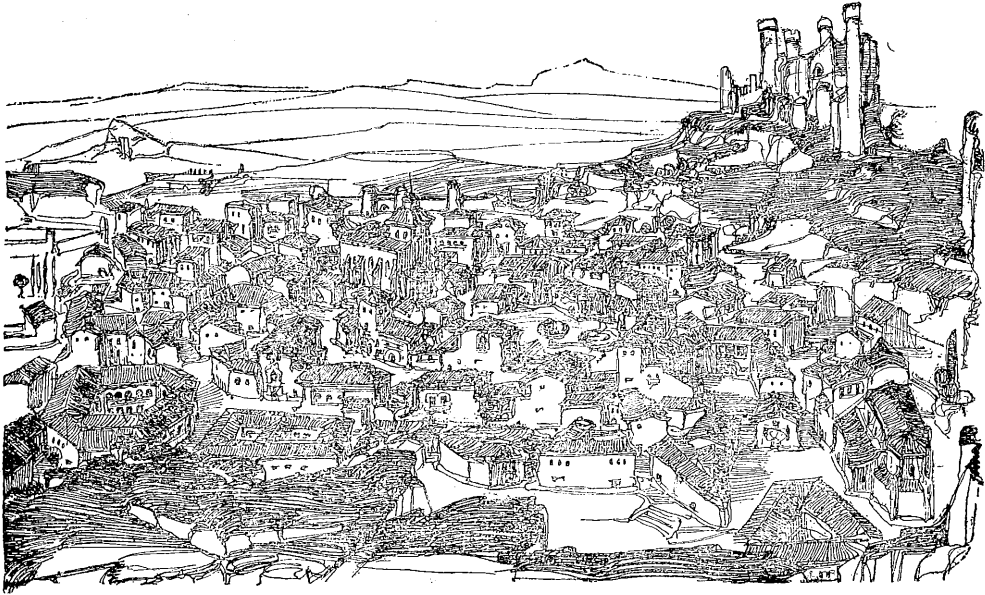
Tal vez dentro de doscientos años algún historiador de nuestra arquitectura actual, al observar que las edificaciones que en Madrid se construían eran cada día más altas, escriba un interesante estudio tratando de demostrar que tal hecho fué producto de un progresivo aumento de espiritualidad, que se manifestaba en una creciente aspiración á alcanzar las regiones celestes.

Hace cincuenta años, Madrid era una población de líneas horizontales. De la masa roja de sus tejados sobresalían, como álamos aislados al borde de un arroyo en un paisaje de encinas ó robles, los chapiteles de pizarra y las siluetas de algunas torres barrocas. De amplias líneas horizontales son la magnificencia del Palacio Real, la monumental Plaza Mayor, el actual Ministerio de Hacienda, el Museo del Prado, el Hospicio, el Palacio de Justicia; todos los edificios del antiguo Madrid monumental.

No son otras también las líneas generales de nuestro paisaje; mesetas, cerros extendidos y bajos, todo trabajado por la acción de las aguas que fueron dulcificando relieves, redondeando perfiles, modelando el suelo en formas amplias, de mayor extensión que altura.

Actualmente estamos invirtiendo las líneas de este antiguo Madrid. Los edifi-

cios, antes de amplia base y poca altura, firmemente asentados en el suelo, elevanse hoy con un inquietante predominio de líneas verticales. Y todavía, en su terminación, no comprendemos las cornisas horizontales seguidas, y elevamos torreones y cupulines coronados á su vez de pináculos. Tratamos de conseguir así lo que se llama una silueta movida, utilizando, para producir efectos un tanto teatrales, recursos de escasa dignidad arquitectónica. Ante ellos recordaremos siempre como lecciones supremas de un arte noble y digno, la abadía de Fiesole y el pórtico del hospital de los Inocentes que en Florencia construyera Brunelleschi.



Una villa castellana.

(Dibujo del Arquitecto Gustavo F. Balbuena.)

Antes, la mayoría de las villas castellanas presentaban de lejos una silueta armoniosa, con el caserío bajo uniéndose suavemente al relieve del suelo. Sobresalían de esas líneas tendidas los lienzos del castillo, cubos de murallas, la masa de la Catedral y de las numerosas iglesias. Hoy día bruscamente irrumpen en muchas de ellas cúpulas y torreones arbitrarios, llenos de adornos de yeso y cemento. ¿Por qué esta animadversión á las tranquilas líneas horizontales que tan bien armonizaban con nuestro suelo? ¿Por qué este afán de terminar los edificios por siluetas quebradas, con profusión de entrantes y salientes?

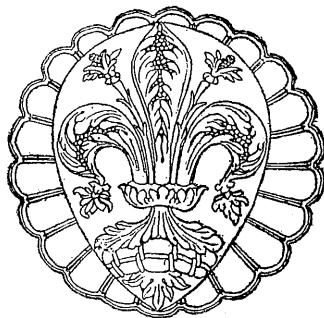
Cópiense edificios góticos y platerescos que nos atraen con su pintoresco aspecto. Pero en casi todos ellos son las masas las que producen ese efecto, y torres, balaustradas y pináculos están en muy diferentes planos. En cambio nosotros movemos siempre las líneas en un solo plano, el de fachada, cosa bien distinta. Además, los edificios góticos y platerescos, al lado de esas coronaciones pintorescas, presentaban grandes lienzos de muros desnudos, sin el menor adorno, y conseguíase así un efecto de contraste casi siempre bello, que hoy, con las necesidades modernas, nos es imposible intentar.

Pasarán los años...

Pasarán quinientos, mil años; centenares de hombres tratarán con el lápiz, la regla y el compás, de infundir en unas líneas agrupadas según un cierto ritmo, y que luego habrán de construirse en piedra, ladrillo ó hierro, una parte de su propio espíritu. A periodos de recargamiento arquitectónico sucederán otros de sobriedad, en los que predominará un arte de puras líneas ininterrumpidas. Algunos hombres de inteligencia inquieta, interrogarán á las creaciones arquitectónicas eternamente bellas que las civilizaciones pasadas nos han dejado, tratando inútilmente de explicarse su belleza.

¿Eternamente bellas? Dudemos de ello. Pasarán las teorías actuales—un poco viejas—que pretenden explicar la estética constructiva, y serán sustituidas por otras revolucionarias, á nuestro juicio, en sus comienzos y conservadoras en el tiempo; con estas nuevas teorías, tan lógicas, tan pseudo-científicas como las actuales, podrán tal vez condenarse edificios que hoy tomamos como modelos. El espíritu humano seguirá evolucionando sin cesar y se sucederán en el transcurso de los siglos los estilos, las modas, las teorías arquitectónicas. Es posible que generaciones futuras, menos respetuosas que las actuales con el pasado, no sientan admiración alguna por los templos griegos, las catedrales góticas y los palacios del Renacimiento.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,
Arquitecto.



El lirio rojo.—Emblema de Florencia.
(De un medallón de Della Robia).